

LA BÚSQUEDA (por Paraguas Azul)

Cuando Pedro me abordó en el pasillo de la facultad de medicina para proponerme ir a la caza del tesoro, creí que bromeaba. Sabía que tenía algunos problemas económicos, que trabajaba los fines de semana para poder pagarse la carrera, y que aun así apenas faltaba a clase y lograba aprobar todas las asignaturas con cierta facilidad. Y sobre todo, sabía que era mi amigo desde el colegio, así que a pesar de su propuesta fantástica, casi infantil, escuché la asombrosa historia que quería contarme.

—Ayer por la tarde decidí quedarme a estudiar cardiología. Ya conoces mi costumbre de sentarme en las mesas del fondo de la biblioteca, lo más lejos posible de la entrada para que no me distraiga el constante entrar y salir de los estudiantes, el tecleo de las personas que consultan los ordenadores cercanos al mostrador de la entrada, y los siseos de las bibliotecarias mandando callar cada vez que alguien eleva la voz. Logré concentrarme sin problemas y la tarde se me pasó volando entre arterias, venas y plexos circulatorios. Cuando me quise dar cuenta, faltaba una hora para el cierre. Dejé los libros y mi cuaderno sobre la mesa y me ausenté para ir al baño. Después de asearme, me encontré con Enrique en el pasillo y estuvimos hablando de temas banales; necesitaba tanto despejarme la cabeza de cuestiones científicas, que lo que parecía una conversación de cinco minutos se alargó hasta casi tres cuartos de hora. Regresé a la biblioteca, dispuesto a finalizar mi jornada de estudio. Ya era tarde, apenas quedaban un par de estudiantes recogiendo sus apuntes y arrastrando las sillas con desgana. Las bibliotecarias, presas del mismo aburrimiento, parecían insensibles al ruido, y ya no chistaban a nadie. Según me aproximaba al fondo, escuché un susurro. Al principio creí que se trataba de otro estudiante rezagado repitiendo algún tema de memoria, pero al acercarme más, comprobé que se trataba de dos personas hablando en voz baja. Iba a sobrepasar la última estantería, cuando una frase me hizo detenerme de golpe y agazaparme tras los libros para que no notasen mi presencia.

«...desplazar la losa....lingotes de oro, rosarios de oro y esmeraldas...»

Atisbé por el hueco que quedaba entre los enormes tomos de páginas amarillentas y las baldas de madera, para tratar de identificar a quienes así se expresaban. Reconocí a María Pomar, de nuestra clase. A su lado había una mujer de unos cincuenta años, con el pelo blanco, corto, espigado. Entre el traje oscuro que vestía

y su aspecto rígido, daba la impresión de una gran severidad. Más tarde, me enteré de que es catedrática de la facultad de historia y tiene fama de “hueso”. Allí estaban los dos, cuchicheando tan juntas que estaba claro que deseaban mantener su empresa en secreto. Aun así, pude entender palabras y frases sueltas.

«...Santo Estevo de Miño... debajo del punto donde se encuentran el sol y la luna, con el viento a tu derecha y la cuerda a tu izquierda, dirígete hacia la ...cabeza...un lugar de aparente reposo...más grande... cuando desplaces la losa encontrarás el oro y las joyas....»

En ese momento María movió la cabeza en mi dirección y me quedé quieto, casi sin respirar. Me latía el corazón de excitación, como un cazador que ha descubierto su presa, que sabe que tiene el premio justo delante, un premio que puede desvanecerse tras un movimiento precipitado. Por suerte mi imaginación me había jugado una mala pasada, y María y la catedrática se dirigieron a la salida por el otro lado de la estantería, momento en el que aproveché para acceder al pasillo que acababan de abandonar, donde había dejado mi cuaderno.

—¿Me estás diciendo que una alumna de medicina y una profesora de historia están jugando a Indiana Jones? —pregunté asombrado.

—Mañana, de madrugada, iré a Galicia a comprobar si hay un tesoro real en esa iglesia. Prefiero que me acompañes, me vendrá bien tu ingenio para resolver el extraño acertijo que he tenido la fortuna de escuchar. Además, será más fácil levantar una losa entre dos que entre uno. Yo me encargaré de llevar el coche y todos los materiales necesarios. ¿Te apuntas?

Al día siguiente arrancamos el vehículo a las cinco de la mañana. Atravesamos Cantabria y Asturias. El sol se elevó a nuestra espalda con la placidez del alba, y comenzó a abrirse paso entre los espacios que dejaban las caprichosas formas de las nubes.

—¿Qué opinas del extraño acertijo de la catedrática? —preguntó Pedro— El sol, la luna, el viento...Creo que el tesoro estará escondido fuera del templo. He metido un par de palas en el maletero.

—Lo más probable es que el lugar de aparente reposo sea alguna tumba que destaque entre las demás.

Continuamos compartiendo nuestras suposiciones, resaltando los puntos más peculiares del enigma. ¿A qué cuerda se referían? ¿Cómo podíamos situar el viento a nuestra derecha? El significado de tan veladas afirmaciones permanecía oculto para nosotros por el momento. Las ideas se nos fueron agotando, y encendimos la radio, aprovechando el largo trayecto para disfrutar de una excelente música rock. Llegamos a la provincia de Lugo y nos dirigimos hacia el sur. Varios kilómetros después, la Ribera Sacra se abrió ante nosotros. Cuesta describir con palabras la tranquilidad del valle del Miño, los enormes bancales en un terreno de vértigo, con grandes pendientes, de los que surgían hileras de vides con hojas amarillas y verdes brotando de ramas nudosas, enmarcando racimos de uvas apretadas, hinchadas como brillantes zafiros. Y al fondo del cañón, el Miño discurría perezoso, flanqueado por esas maravillosas laderas de abundancia. Al poco de cruzar el río la carretera empezó a ascender. La carretera estrecha y empinada, el arcén inexistente, y la espesura agreste a ambos lados parecían formar un túnel de luz verdosa tamizada. Tras una curva, la vegetación se abrió a nuestra derecha, y la ermita apareció ante nosotros como si el suelo se hubiese abierto, separando árboles y roca, y el edificio se alzase desde lo más profundo del corazón de la tierra.

Una explanada de gravilla compacta conducía a un muro de unos dos metros con una puerta de verja. Más allá, se veía la cara lateral del cuerpo rectangular de la iglesia. A la izquierda, el ábside semicircular estaba parcialmente oculto por las ramas frondosas de los árboles que bordeaban el recinto; la tapia acababa incrustada en la roca, sobre la que seguía serpenteando la carretera principal.

Cuando me bajé del coche y me acerqué a la construcción, sentí cierto enojo; la explanada, a su vez, estaba cercada por una malla metálica rígida apoyada en bloques de cemento y palos metálicos clavados en la tierra húmeda. Un enorme cartel avisaba «prohibido el paso a toda persona ajena a la obra sin autorización» y «atención, zona de obras»

Pedro se dirigió a la calzada que ascendía por la izquierda, y me hizo un gesto para que le siguiese. Mientras ascendía detrás de él, pude advertir que el campanario, exento de la estructura principal, estaba recubierto por hiedra en casi toda su superficie;

parecía que naciese del monte y fuese un elemento natural del paisaje. Estaba formado por arcos gemelos, pero sólo de uno de ellos colgaba una campana dorada. En conjunto, el lugar parecía el tesoro de una tierra misteriosa escondido en un bosque como el que describen los cuentos de hadas.

El camino era tan empinado y la ermita estaba edificada a tal desnivel que nuestros pies quedaban a la altura del tejado del ábside. Daba la impresión de que podríamos saltar desde el camino al tejado, pero un examen más detallado reveló que la distancia era excesiva. Pude comprobar que para aumentar la estabilidad de la estructura los arquitectos habían añadido arbotantes que partían de sus paredes para apoyarse en la propia roca que la circundaba.

Regresamos a la explanada y en ésta ocasión nos dirigimos hacia la derecha. Seguimos el muro perimetral bastante próximos a él porque el camino era muy estrecho. Por encima de la tapia pudimos contemplar gran parte de la fachada principal. Arriba del todo sobresalía un rosetón de tracerías caladas; lamenté que el sol aún estuviese bajo, pues me habría gustado contemplar los colores resplandecientes que arrancaría su luz. Debajo, vimos la puerta principal, de madera roja, enmarcada por cuatro arcos concéntricos, cada uno con diferente decoración. Había tallados motivos geométricos, hileras de piñas, nudos y trenzas, unas sobre otras. Y en el arco interior, siete figuras humanas. Cada una sostenía algo en las manos. Pude distinguir un objeto triangular que me recordó a una ración de pizza, pero la posición de las manos de la figura me hizo deducir que se trataba de un arpa. Otras dos llevaban colgando de un brazo lo que podría ser una prenda de ropa alargada o un rollo de pergamino. Otra sostenía un cuarto creciente, otra más parecía tocar un violín, la penúltima sujetaba una flauta, y la última, la central, tenía un objeto redondo con una espiral grabada.

—Treparemos por el muro, es más fácil que dar saltos acrobáticos. Vamos a coger una manta por si hay cristales cortados arriba— sugirió Pedro

Regresábamos al coche a recoger algunos útiles, cuando descubrimos que entre dos tramos de malla existía un hueco estrecho disimulado que con las prisas nos había pasado desapercibido. Sacamos del maletero una cizalla, sacos y palas, y nos dirigimos a la verja. Apoyé la mano en uno de los barrotes herrumbrosos y empujé; la verja se abrió sin dificultad.

—Qué raro —comenté—, esperaba que estuviese cerrada con cadena y cerrojo.

Caminamos por el deambulatorio natural formado entre las paredes del edificio y la roca; los arbotantes se alzaban sobre nosotros como lejanos espectadores silenciosos. Cuando alcanzamos la pared exterior del ábside, no encontramos ningún enterramiento, ninguna tumba, ninguna lápida.

—Esperaba que hubiese una necrópolis el perímetro de la iglesia —me extrañé—. No veo nada que se pueda describir como un lugar de aparente reposo. La cuerda del acertijo quizá sea la del campanario. Si nos situamos de modo que se localice a nuestra izquierda, el ábside quedará a nuestra espalda, y frente a nosotros, solo hay peñascos. No, algo no encaja. ¿Qué quiere decir el viento a mi derecha? ¿A qué losa se refería la catedrática? Esperaba una piedra especial que destacase de las demás.

—He examinado la pared en busca de algún dibujo o símbolo grabado, como las marcas de cantero, pero no he encontrado ninguno —se desesperó Pedro.

—Un grabado, ¡eso es! —empujé a Pedro hacia la puerta principal, donde me habían cautivado las figuras que adornaban el arco interior. —Ésa está sujetando una luna, y el hombre del centro tiene ese objeto redondo con la espiral.... ¡un símbolo solar! Aquí se juntan el sol y la luna, la figura de la izquierda toca un instrumento de cuerda, y la de la derecha, un instrumento de viento, así que tenemos que dirigirnos hacia el ábside, ¡pero por dentro de la iglesia!

Nos precipitamos hacia el altar sin prestar apenas atención a la enorme pila bautismal con bajorrelieves geométricos y una cubierta de madera de doble hoja que tapaba su boca, ni a la epifanía de tres piezas que descansaba en la pared sur. Las nubes se habían retirado sin que nos percatásemos, y el rosetón de piedra calada arrojaba destellos azules, amarillos y rojizos. Ignoramos el aspecto de misterio y recogimiento de la estancia, los sonidos furtivos y apresurados que arrancaban sutiles ecos, y el olor a humedad apenas perceptible. El suelo del cuerpo principal del templo estaba remodelado con modernos listones de madera, pero el ábside conservaba el suelo original con losas de caliza. Y frente al altar, una de ellas destacaba por su gran tamaño; podría corresponder al enterramiento de un hombre, pero sobre ella no constaba ninguna fecha, ninguna cruz, ningún nombre.

Encajamos las palas en la ranura que bordeaba la losa, esperando llenar la ermita de esfuerzo, sudor y maldiciones, pero se separó del suelo con singular facilidad revelando un hueco vacío. Fue un momento de sorpresa y frustración que desmoronaba las expectativas creadas durante el trayecto. Hay algo en la búsqueda de un tesoro que contactaba con mi niño interior, con ese aventurero que había aprendido a suprimir a fuerza de rutina y convencionalismos sociales; si bien al principio veía la aventura con cierto escepticismo, al ir avanzando nuestro viaje me había sentido cautivado por la posibilidad de encontrar antiguas joyas perdidas y enormes barras de oro. Cuando esperábamos que nos saludasen los destellos que la luz arranca de las gemas cuidadosamente talladas, nos encontramos con un mísero habitáculo desprovisto de cualquier contenido. Pedro apretaba la mandíbula y sus manos se cerraban sobre el mango de la pala con tal fuerza que sus nudillos empalidecieron. Mi decepción no podía compararse con su rabia; yo estaba disfrutando de la aventura, pero él necesitaba el dinero.

—Se nos han adelantado. Mira, alrededor de la losa hay polvillo, ahora me doy cuenta. Sin duda alguien la ha levantado antes que nosotros, y no hace mucho.

Desde el exterior se filtró un tintineo metálico que ningún animal habría podido emitir; era el sonido de la derrota. Echamos a correr por el pasillo, salimos por la puerta principal del edificio y nos precipitamos hacia la verja para descubrir que estaba rodeada por una enorme cadena cerrada con un pesado candado. Desde el otro lado, María nos observaba con una ligera sonrisa.

—Déjanos salir. ¡Abre la puerta! —gritó Pedro mientras agitaba los barrotes con violencia, como si quisiese arrancarlos de cuajo. Me recordó a un gorila intentando salir de su jaula.

—Supongo que lleváis vuestros móviles. Podéis llamar para que os vengan a buscar. O tal vez deseáis intentar trepar por el muro. Me da igual, me bastan un par de minutos para largarme de aquí —dijo María

—¿Dónde está tu coche? ¿Por qué nos has encerrado? Podrías haberte marchado sin más —pregunté, extrañado ante el inusual giro de los acontecimientos.

—Ojalá hubiese tenido esa posibilidad. Verás, cuando entrasteis en el recinto yo estaba dentro del templo, con mi botín bien guardado. ¡Y qué botín! Cálices de oro y

plata con incrustaciones de rubíes, rosarios de delicada orfebrería con cuentas de esmeraldas, anillos de cuidada filigrana con esmeraldas engarzadas, y muchos lingotes de oro. Pesaba tanto que con la mochila a la espalda renqueaba como si tuviese ampollas en los pies. Creí que entraríais al oratorio, pero os escuché deambular por fuera, así que aproveché para arrastrarme con mi carga lo más silenciosamente posible hasta mi coche, aparcado medio kilómetro más arriba.

—¿Por qué tantas precauciones? —interrumpí— ¿Esperabas que viniésemos?

—Esperaba que viniese Pedro. Ayer, antes de empezar a hablar con la doctora Muñoz en la biblioteca, me fijé en el cuaderno que descansaba sobre la mesa. Lo abrí para ver de quien era, y el nombre y apellidos de Pedro estaban escritos en la primera página. Cuando la doctora Muñoz acabó de transmitirme la información que acababa de descubrir sobre el tesoro, me pareció que había alguien escondido tras la estantería, y supuse que era él. Sus problemas económicos no son ningún secreto en clase, y no estaba segura de cuanto había escuchado, así que no quise arriesgarme. Nada más regresar a casa preparé todo lo necesario, dormí un par de horas, y salí para Galicia de madrugada. Por precaución dejé el coche a medio kilómetro de la ermita. La verja estaba cerrada con esta cadena, sin embargo abrí el cerrojo con unos alambres. Es fácil, hay muchos tutoriales en Youtube; luego escondí la cadena y el cerrojo en unos matorrales cercanos.

Nos resignamos a ver cómo desaparecía de nuestra vista. Permanecemos en el bosque contemplando el vaivén de las hojas de los árboles, mientras el áspero sonido de unas ruedas sobre el asfalto se extinguía en la lejanía.